

EL ENIGMA DEL BICHO

Vicente Romero-Tosca

Siempre que paso por el *Entredicho* noto como que de allí se desprende un halo de misterio que me recuerda a los antiguos pobladores celtiberos de aquellos solanos, como si continuaran estando allí presentes ellos o sus espíritus. Uno no entiende cómo semejante civilización pudo desaparecer de aquí sin dejar apenas rastro, algún vestigio o alguna señal debió quedar que sirva para engarzar a nuestras gentes con aquellos hombres. Está claro que en los sistemas de producción artesanal nada, mientras ellos dominaban la cerámica, fundiciones, orfebrería y demás artes de tratar barros y metales, aquí, más de dos mil años después, no pasamos de la fabricación de terreros, tejas, samugas y gamellones; y a lo más sofisticado que se llegó en siderurgia, fue a cocer alguna calera y a los últimos boliches del tío Gaspar. En arquitectura: ni rastro; hormas, majanos y corrales se los podemos atribuir a cualquiera, y algo raro debió suceder para que, durante muchos siglos, ningún otro ser viviente hiciera aquí asentamiento alguno; porque las sucesivas civilizaciones (romanos, visigodos, musulmanes, etc.) si es que pasaron por aquí, qué poquico humo hicieron. En la herencia genética, quién sabe si de todo el árbol quedará algún cándalo que nos una con nuestro "*homo antecesor*" o si todos se fueron pudriendo por el camino; pero, aun sin descender de ellos, es muy probable que estos canalones crearan nuevamente especímenes ariscos forjados a base de escarrazos y tormentones que de una u otra manera nos unan con ellos.

Posiblemente aquel pueblo fuera exterminado vía genocidio, o espantado a palizas y, desde entonces, además de los hielazos, algo extraño quedó en el ambiente que atemorizaba y no permitía establecerse en estas tierras a nadie con signos de grandeza. También pudo darse el caso de que nuestros antecesores directos, hace cuatro, cinco o más siglos, huyendo del hambre o de algún que otro varazo, encontraran cobijo en estas tierras vírgenes sin importarles hechizos y encantamientos.

Este interés por el asunto se me despertó a raíz de ver por primera vez los dos sillones tallados en piedra por Primitivo. Aquellos asientos eran dignos de apoyar en ellos sus posaderas las más ilustres damas íberas. Entonces, le pregunté de dónde se había copiado, y me contestó: "*De ningún sitio, me salen así*". Al menos creí haber encontrado una vena creativa que nos podía unir, ya que se distanciaba mucho del simple amontonamiento de peñones.

Todos estos antecedentes basados en conjeturas no me daban muchas pistas, así que tuve que echar mano del folclore y de la costumbre —donde nada encon-



tré— o buscar entre cuentos y leyendas para descubrir algo que nos conectara con ellos, y así fue:

Cuenta la leyenda que al primer grupo de cogedores de hongos (Rufo, Antonio y Pérez) más allá del *Collado*, cada vez que profanaban sus fronteras, se les aparecía un bicho extraño —al que nunca supieron describir— que se subía por las patas de las mulas hasta la cabeza, quedando las mulas y ellos mismos paralizados hasta que terminaba el reconocimiento. Comentando este suceso con guasa, Diocleciano (el de Griegos) sintiéndose ofendido por la incredulidad, relató que a él, cerca de allí, en *la Muela*, también se le aparecía otro bicho —al que sí describió: una mezcla entre tasón, gato montés y lobo— que le arrastraba la manta al taparse para dormir, y cuando, helado de frío, por fin conciliaba el sueño, al rato, volvía a despertar caliente y arropado. Hasta entonces, a los primeros siempre se les tomó como espantadores de hongueros, pero al mezclar los dos sucesos con alguno de los sugerentes nombres de los parajes de la zona (*Barranco de los Lobos, Cerro del Ojuelo, la Tasonera*, etc.) quedé cautivado por el enigma del bicho.

Comencé a sospechar que la *Cañada de los Ojos* daba nombre a la mirada vigilante de aquel ser, y que este animal debía ser la representación de algún dios ancestral o de alguna fuerza sobrenatural y el vestigio que servía de nexo de unión con nuestros antepasados. Podía ser nuestro lenguaje su legado, ya que dentro de él se encontraba el propio vocablo bicho con todas sus derivadas como la palabra más compleja para describir y advertir de los riesgos de la mala condición humana, y puede que su mensaje fuera que estos desvaríos podrían poner en peligro la convivencia pacífica entre nuestras gentes:

BICHO.- Aparte de su acepción común de representar a toda clase de insectos, aquí, lo usamos para definir a cualquier animal de morfología extraña, para identificar a cualquier ser raro, real o imaginario: ¡*Huy qué bicho!*. Hombre arisco.

BICHARRACO.- Descomunal por su tamaño o comportamientos. Monstruoso. Piropo: mujer con cuerpo despampanante.

BICHACO.- Persona de comportamientos extravagantes. Estrabayegas.

BICHACO FEO.-Persona poco agraciada y de comportamientos extravagantes y obscenos.

BICHANGO.- *Ídem* al anterior, pero con movimientos bastos y atolondrados. Zampaizo. Samugo.

BICHO MALO.- Persona a la que se le atribuye el más alto grado de maldad.

BICHOTE.- Persona socialmente bien reconocida, pero que desde la órbita del que lo califica esconde mucha malicia. Equiv.- "*No te lo comas de ojo*".

BICHETE.- Muchacho travieso y arisco.

Toda esta advertencia con el lenguaje de posible ruptura como pueblo no me pareció rastro suficiente, habría que husmear en algún otro suceso para encontrar más evidencias. Cuanto más buscaba, más me sorprendía el secretismo con el que siempre se llevó el asunto, pues otros pueblos, orgullosos de su pasado, si no han tenido otra cosa, han hecho ostentación y emblema hasta de una endabilla carcomida.

Apareció en la *Tasonera* una cruz bizantina representando a un patriarca con mitra y báculo, niño en halda, y mutilada por la base donde se adivinaba el morro de un felino. Parecía como si se hubiese exorcizado la zona con algún conjuro tratando de proteger de algún maleficio que en forma epidemia pudo haberse ensañado con la población infantil y que, al parecer, se le achacaba al bicho. Pregunté en su día el significado de la cruz, pero se me contestó que: *"En cuestiones de encantamientos es mejor no saber ciertas cosas"*. Llevado por la curiosidad, traté de escudriñar entre los artesonados y las figuras de la Iglesia, pero solamente encontré motivos clásicos de imaginería; al dejarlo por imposible, cuál fue mi sorpresa al observar que en la figura principal del pórtico de entrada, Santiago Apóstol cabalgaba a lomos de lo que parecía un bicho decapitado. Llegué a la conclusión de que, o bien el picapedrero que lo esculpió era de la escuela de *Peña Esgajá* y no tenía mucha pericia, o bien en su día, se había demonizado al bicho y puede que fuera nuestro Patrón quien consiguió aplacar a la bestia; desde entonces, su rastro se perdía hasta en la memoria.

Con los flujos migratorios de mediados del siglo pasado, hubo familias de las que nunca más se supo, otras, de las que los descendientes volvían de tarde en tarde, hasta que acababan desapareciendo. Las nuevas generaciones dejaron de ser ariscas y, más bien, parecían gatos sobones; costumbres y folclore, así como el lenguaje se fueron diluyendo con los tiempos modernos, de manera que toda conexión con el pasado tendía a desaparecer; para colmo, en los años ochenta, con el éxodo de casi una treintena de candongos, Guadalaviar pareció entrar en una especie de declive con tendencia clara a la desaparición. Pero, de pronto... apareció. Puede que primero reencarnado en el cuerpo de algún *Picarro* y, después, en el de algún *Bichaco* o algún otro personaje singular, tratando de adoctrinar a los jóvenes para unificar criterios en las costumbres o intentando recopilar las tradiciones festivas perdidas. Más tarde, no sé si influenciado por lo anterior, surgió en forma de pasión lo que hemos dado en llamar *"El Agarre Del Bicho"*; el bicho volvió en su versión buena y se encargó de inculcar un sentimiento común de querencia a estas tierras. Comencé a darme cuenta del fenómeno del agarre cuando algunos descendientes, no nacidos aquí, de los que acudían habitualmente desde temprana edad, quedaban hechizados y encantados con las bondades que ofrecían estas tierras, y mis sospechas se confirmaron cuando pude comprobar que, al igual que los

antiguos celtíberos, sentían una atracción entre ellos mismos, creándose una especie de endogamia (extensible a toda la contorná) entre los poseídos que unía parejas impensables en otros tiempos por la distancia de origen. Como resultado de estos emparejamientos, al conocer a los ascendientes y poder volver a identificar a las criaturas por la pinta, todos hemos pasado a considerar a los frutos de estas uniones como algo muy nuestro.

No hay duda de que el criado aquí es portador del bicho, aunque solamente puede sentir los síntomas en la distancia; el bicho hace sufrir, pues crea la obsesión de volver; este ser que muerde y contamina insufla una mezcla extraña de sufrimiento y placer de la que resulta imposible liberarse. Así que los cogidos por el bicho estamos condenados a seguir deambulando como posesos por esos mundos de Dios, aunque teniendo unas sensaciones tan placenteras, al volver, que otros ni tan siquiera pueden imaginar. Está claro que el futuro de nuestro pueblo como sentimiento está garantizado, pero esta querencia convenenciera en forma de vencejo o codorniz, que sólo acuden a lo bueno, no es suficiente, algún revulsivo mágico tendrá que surgir que traiga, agarre y sujete a nuevos pobladores en las épocas más agrias y lo revivan como pueblo de futuro, de lo contrario, dentro de otros dos mil años: ¿Encontrará alguien nuestro rastro?...

Bueno, esta historia puede parecer fruto de un desvarío o de una ensoñación, sólo puedo decir que siempre que paso por el *Entredicho*: "**Me escuajo**"...